El astro que hallé

Gridas Mersis

Capítulo 1

El astro que hallé

La presentación endeble de un astro aparente, quise pensar que lo que vi en el cielo estrellado se relacionaba con ello. Sin lugar a duda se trataba de una estrella nunca antes vista; quizás lo era para mis simples ojos, pero al buscar por internet note la falta de información sobre aquella estrella ubicada en las coordenadas específicas que dicte. Incluso, llamé a la asociación astronómica argentina, pero nada. Así pues, sin una aprobación sobre lo que había captado en el cielo, me di a la búsqueda exhaustiva de realizar mi presente sueño; saber qué era aquello.

Indague en los libros de la biblioteca más viejos y polvorientos. Cada uno de ellos tenía títulos ostentosos. "Astronomía para jóvenes pensadores; introducción a los astros; el cosmos." Muchos de estos libros habían sido bien criticados, incluso la bibliotecaria me los recomendó. Estuve unas cuantas horas leyendo el primero, Astronomía para jóvenes pensadores. Tuve la impresión de que en ningún momento se hablaría, en los casi treinta capítulos del libro, sobre astros y estrellas raramente vistas por una sola persona y no por un grupo de científicos o astrónomos certificados. Quizás me precipite al pensar que aquella estrella nunca antes había sido vista. Mi telescopio de aficionado, (no valdría ni una cuarta parte de lo que vale ahora) tenía una apertura de setenta y seis milímetros y una distancia focal de setenta y seis mil milímetros. Caro, hecho de aluminio y comprado en una tienda astronómica muy bien reconocida. Tenía a mi alcance las estrellas más conocidas, como las tres marías, las cuales frecuentaba ver por las noches en primavera.

Troqué en mi accionar al dejar de leer un tiempo. Pasaron los días y seguía sin darme a la idea de que estrella era esa. Las coordenadas eran siempre las mismas, no cambiaban. Una que otra vez me di a la tajante idea de no hacerme la cabeza con tantas incógnitas a lo que esa estrella respectaba. Pero siempre que entraba en mi cuarto, dormitando desde el trabajo, veía el telescopio y sentía un efímero sentimiento de aventura. No franqueaba en ello, al contrario, con sueño y todo corría las cortinas de mi ventanal y miraba sin cesar aquel astro. Juro que han pasado tantas estrellas fugaces por mis ojos, tantas cosas que un científico no le encontraría explicación alguna, y ninguna de ellas, por mas magnifica que fuese, me daba tanta alegría como contemplar aquella estrella.

Empecé a postrar altivo en el trabajo de oficina a cuadras de mi casa. Mis compañeros me miraban con un afán de credibilidad, por el fondo, sabían que yo tenía algo que ellos no. Tampoco es que quiera mentir, pero nunca revele si se trataba o no de algo sorprendente. Solo actuaba de modo ufano ante los demás, ignorando el fútbol, ignorando las salidas al bar, ignorando cualquier invitación a cualquier evento social. Serio, terco y

poco higiénico. Así me definían mis compañeras, quienes echaban a correr apenas me veían (o algo así). Llegaba del trabajo con ganas de leer aquellos libros de astronomía, pero una vez más, me precipitaba ante la idea de perder el tiempo en otra cosa que no fuese el astro. Hasta que llegó el día en que algo cambió.

Recibí un correo electrónico. El destinatario era ni más ni menos que la asociación astronómica argentina. Al hacer clic en él, y leer lo que decía, sentí náuseas. Toda la felicidad con la que yacía se derrumbó en segundos. Cada parte de mi pensar acerca de lo bien que la había pasado, teniendo una excusa en el trabajo para sentirme como alguien importante, era falso. Así es. La estrella no existía. Las coordenadas que había enviado eran ciertas, pero allí no se encontraba nada. Yo no podía creer que fuese posible el haber confundido el oscuro cielo con un cuerpo celeste. De modo que, abrí la puerta de mi cuarto, quité el protector del lente y me postré para ver. ¡Ahí estaba! El cuerpo celeste seguía ahí, en esa posición en la que la había dejado antes de ir al trabajo. Furioso, decidí tomar el teléfono de la cocina y llamar a la asociación astronómica argentina. Mal agüero el mío, ya que tropecé con la pata del telescopio, logrando que se moviese centímetros hacia abajo. Sostuve el lente y acomodé la pata. Trate lo mejor posible de acomodar el telescopio como antes. La sorpresa que me lleve me llenó de júbilo, tanto que empecé a reír. No solo la estrella seguía ahí, en una coordenada diferente, sino que estaba sobrepuesta con otra estrella. Al final era cierto, la había descubierto yo.